

Cosas que no son comida

Observo por el rabillo del ojo a los padres de mi compañera de habitación, más joven que yo. Cada uno a un lado de la cama, con los brazos apoyados sobre el colchón, las manos entrelazadas. Tan devotos. La madre parece medio ida pero el padre mira a su hija con atención como preguntándose ¿Cómo es posible que hayamos llegado hasta aquí? Su preciosa hija, siempre tan buena, tan pulcra, obediente y callada. Siempre tan servicial. ¿Por qué nos hace esto? Y la madre siempre de punta en blanco, con su gabardina beige de repente alarga una mano, rodea la frágil muñeca de su hija y su boca se tuerce en un gesto que se quiere de desaprobación, pero yo sé lo que siente en realidad, yo la conozco mejor que nadie: es una envidiosa. Igual que mi madre, que cuando empecé a dejar de comer, discretamente al principio, como un tímido ratoncillo me decía hija qué fuerza de voluntad tienes, ojalá tenerla yo. O como mi padre, que cada vez que está enfermo y el estómago se le repliega sobre sí mismo se le iluminan los ojos y declara el triunfo, la gloria que sacará de todas esas sopitas que su mujer le prepara con esmero, de esas noches de sudores fríos ¡al menos adelgazaré!

La psiquiatra siempre recibe a las familias con un discurso tranquilizador. Veréis, las niñas que acaban aquí en realidad son demasiado listas, maduras para su edad. Temen los cambios de su cuerpo, no aceptan su feminidad. Es cierto que el hambre te hace estar alerta, te sientes sagaz, avispada. En cierto modo, sí, te vuelve más lista. Eso lo dicen todas, que el hambre les despeja la mente. Por eso ahora andan por el ala psiquiátrica medio aleladas, sujetándose a las paredes blancas para recuperar algo de estabilidad. Las habitaciones son desapasionadas, minimalistas dirían, las puertas nunca se cierran. Las chicas son despojadas de sus abalorios femeninos (podrían convertirse en arma). A mí también me quitaron los pendientes, ahora se me han cerrado los agujeros. Solo somos unas chicas vaciadas de sus carnes, que se han comido por dentro como escarbando con una cucharilla en la pared. Esa

metáfora es de mi compañera de cuarto, le gusta mucho leer, en especial esas novelas detectivescas y policiales. Le encanta hablar de este lugar como una cárcel o como un campo de concentración. Tan mártir, con las costillas sobresalientes, con los pómulos cortantes. Otras están medio calvas o tienen los dientes podridos. Pocas sangran aquí, con los pechos planchados y los huesos huecos. Algunas tenían otro tipo de problema, comían comida de la basura, se tragaban su propio vómito, comían cosas que no son comida. Nunca dejes a Nicole a solas con un tubo de pegamento.

Empieza a oírse un lejano run run, que cada vez se acerca más, un ruido de ruedecillas. ¡Es la hora de comer, chicas! Todas formamos fila, atravesamos el pasillo de dos en dos hasta llegar al comedor. Ahí cada una tiene una bandeja con su nombre que se cambia aleatoriamente de sitio. Es bueno variar, no sentarse siempre con la misma gente. «Aquí no podéis tener amigas», dice siempre uno de los enfermeros, el calvo. Hoy se sienta con nosotras una chica nueva. Tiene el pelo rizado, cara de muñeca. Al levantar la tapa de su bandeja sus ojos se abren mucho. No piensa comerse la cebolla, dice. Me sorprende, este tipo de reacciones suelen verse el día de la pizza. Podría comerse cinco pasteles, dice, pero eso no. «Bueno chica, aquí no puede elegir». La chica empieza a llorar. Agachamos la cabeza, desviamos la mirada. Fingir que no existe, masticar y tragar, masticar y tragar. Una de las enfermeras le habla con voz dulce, intenta hacer que entre en razón, la chica murmura cosas que no logro entender. Se nota que la enfermera empieza a impacientarse, cambia su peso, primero un pie, luego el otro. Coge el tenedor y pincha la cebolla. La chica debe de tener unos quince años pero la enfermera le hace el avioncito y ella finalmente abre la boca. Mastica. La enfermera sonríe por fin y veo que mi compañera suspira con alivio. De repente la boca se abre de nuevo y la cebolla sale disparada en pequeños trocitos, como en aspersor. Una parte va a parar a la mejilla de la chica que se sienta a su lado. Se pasa un dedo por la cara, con incredulidad y se queda mirando esos trocitos

triturados. Por un momento pienso que la inercia va a hacer que se los coma, pero no. Levanta la mano para pedir una servilleta.

La comida ha terminado, estamos de vuelta en la habitación, cada una en su cama. Mi compañera lee hasta que una enfermera aparece en la puerta y anuncia que ya ha pasado media hora. No nos dejan leer durante más tiempo, aunque la psiquiatra nos prometió que si nos portamos muy muy bien podríamos leer hasta una hora por día. De todos modos, hoy tendremos más entretenimiento. Como se acerca la Navidad, todas las asociaciones han puesto en marcha su máquina de caridad y nos sientan a todas alrededor de la mesa del comedor. La chica del pelo rizado no está. «¡Sorpresa!» grita la enfermera del avioncito, acompañada por un payaso, un payaso de verdad, con nariz, zapatones y la cara pintada. Empieza a inflar globos y a hacer figuras de lo más esperpénticas con ellos, luego baila y canta, nos cuenta chistes. Miro con incredulidad a mi alrededor. Algunas de las chicas ríen a carcajadas. La enfermera vuelve, cargada con un cuenco enorme repleto de bombones. «Os lo habéis ganado». No resulta difícil distinguir el tonillo de burla. Así consigue dos cosas. Primero, queda bien con el payaso, que ahora es el representante de la asociación. Así podrá difundir el mensaje: aquí, en realidad, no estamos tan mal. Por otro lado, le da la oportunidad de someternos a una prueba. Miro los bombones. Tal vez sea el momento de salir de aquí.